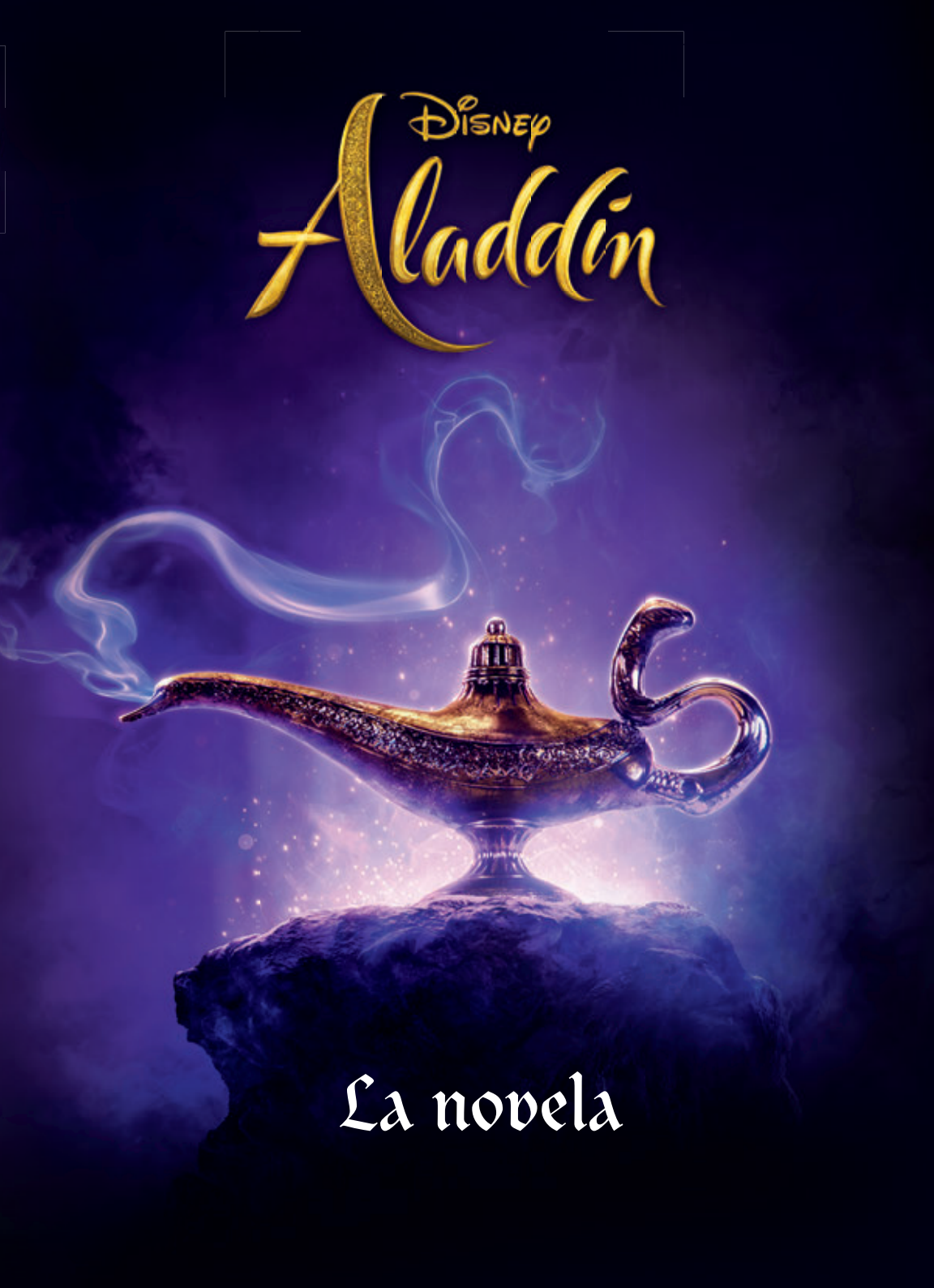
Disney
Aladdin
La novela

La novela

Adaptación de Elizabeth Rudnick
A partir del guion de John August y Guy Ritchie
Basada en *Aladdín* de Disney
Traducción de Marta García Madera

LIBROS Disney

© 2019 Disney Enterprises, Inc.
© de la traducción: Marta García Madera, 2019
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: mayo de 2019
ISBN: 978-84-17529-70-3
Depósito legal: B. 6.699-2019
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo
uno

El sol salió despacio; su luz se arrastró sigilosamente sobre el horizonte y cruzó las dunas hasta que, al final, tocó las grandes murallas de la ciudad de Agrabah y el brillante mar azul que se extendía a lo lejos. Con la luz de la mañana, la ciudad parecía envuelta en un brillo dorado mientras sus legendarios bazares y sus míticas calles despertaban. Los aromas del cardamomo y de otras especias exóticas llenaban el aire dándole al lugar un rico y distintivo perfume. Los barcos entraban en los muelles con los cascos a rebosar de tesoros procedentes de los más lejanos confines de la tierra. Los capitanes gritaban órdenes a los marineros mientras preparaban los barcos que salían al mar llevando con ellos todas las riquezas que Agrabah tenía que ofrecer. En lo alto, las aves marinas volaban en círculos y cantaban con la misma constancia con que las olas rompían en la orilla.

En el mercado, los vendedores abrían sus puestos; llenaban cajas con frutas y verduras y sedas y satenes de vivos colores y con otros tesoros exóticos por los que regatearían cuando llegara la hora. Los músicos, cargados con sus instru-

mentos, ocupaban su lugar en el mercado bajo la sombra del gran palacio, que cubría toda la ciudad; pronto llenarían las calles de sonidos encantadores y, cuando el día diera paso a la noche, harían que los habitantes de la ciudad salieran a perderse en los bailes y los estados de trance de la noche de Arabia. Era un lugar mágico en el que parecía que cualquier cosa fuera posible y en donde las calles eran pura aventura.

Sin embargo, no era un sitio fácil para ganarse la vida. No para los que vivían en la calle. El palacio de Agrabah reflejaba la riqueza de la región, mientras que sus calles mostraban otra realidad. Para salir adelante, había que ser rápido, con los pies y con el ingenio.

Aladdín miró con detenimiento el mercado. Cada vez había más bullicio, puesto que los sirvientes, los vendedores y los lugareños empezaban sus quehaceres diarios regateando precios y buscando la fruta más fresca o la seda más especial. En el aire, se oían media docena de idiomas distintos, que creaban una sinfonía extrañamente relajante. Aladdín conocía aquellos sonidos, a la gente y el alboroto del mercado como la palma de su mano. Agrabah había sido su hogar desde hacía veinte años. Nació como una rata callejera y lo había continuado siendo; los pasillos, los puestos de los vendedores y las callejuelas habían sido su campo de juegos y su escuela. El mercado era el lugar en el que había perfeccionado su habilidad para «tomar prestado» lo que necesitaba cuando lo necesitaba. Sabía que la mayoría de los que vivían como él habían perdido la esperanza tiempo

atrás. No se hacían ilusiones de llevar una vida distinta, sino que se resignaban a sobrevivir. Pero Aladdín era diferente. Alzó la mirada hacia el palacio y le invadió el mismo entusiasmo que sentía cada vez que veía aquellas torres y parte del frondoso jardín que había detrás. Sabía, o más bien creía, que la vida era algo más que lo que él tenía. Él iba a ser alguien, aunque eso solo significara ser la mejor rata callejera de Agrabah.

Aladdín sacudió la cabeza y empezó a deambular por el mercado. No era el momento de perderse en ensoñaciones. Tenía problemas más urgentes y reales, como encontrar algo para desayunar. El rugido de su estómago le recordaba que llevaba un día sin comer, y le apetecía algo dulce. Una granada o quizá un bollo con especias del puesto de Saja, que siempre elaboraba las mejores pastas. Se le hacía la boca agua solo de pensar en hincarle el diente a algún dulce. Se dirigió hacia esa tienda mientras seguía planificando su jornada. Su vida mediocre necesitaba un plan A, y un plan B por si fallaba el primero. Aquella mañana, tenía previsto ir al muelle para ver los cargamentos nuevos que habían llegado a Agrabah con la marea del alba. Acabarían en el mercado al día siguiente, y cualquier rata callejera que se preciara tenía claro que era mejor saber qué buscar antes de que los demás lo consiguieran.

Sobre su hombro, chillaba su mejor amigo: un mono llamado Abú. Cuando su mascota soltó unos cuantos chillidos bastante estridentes, Aladdín asintió distraído y a punto estuvo de tropezar con una mujer. Dio un paso atrás por el susto que se había

dado, pero enseguida se le dibujó una gran sonrisa al ver la brillante joya, y claramente cara, que llevaba la mujer en el cuello.

—¿Cómo se llama tu mono? —le preguntó.

—Abú —contestó Aladdín.

A modo de respuesta, Abú se tocó el pequeño fez que llevaba en la cabeza y saltó del hombro de su amo al brazo de la mujer. La mujer se rio encantada.

—¡Es un monito muy gracioso! —dijo, embobada con Abú mientras este se le deslizaba por los hombros.

Aladdín miró con enojo al mono. Abú asintió y siguió moviéndose cada vez más deprisa. Después, centrando la atención en la mujer, Aladdín le miró el cuello.

—¡Y ese es un collar precioso! —exclamó Aladdín.

La mujer se llevó la mano a la garganta para tocar la joya, que colgaba de una gruesa cadena. Los ojos de Aladdín siguieron los dedos de ella, pero el chico escuchaba con atención los ruidos de su alrededor. Llevaba suficiente tiempo en la calle para saber que le estaban tendiendo una trampa. Y las mujeres bonitas y cautivadoras no se acercaban de repente a una rata callejera sin alguna razón. Por lo general, no tenían buenas intenciones. Sin duda, había oído un crujido y, después, había notado un ligerísimo tirón de la bolsa que llevaba colgada.

En un abrir y cerrar de ojos, Aladdín estiró el brazo por encima del hombro y agarró una mano fina y suave justo cuando le tocaba la bolsa. El chico tiró de la mano y se encontró cara a cara con otra joven, claro que era la cómplice de la

primera. Aladdín conocía bien aquel número. Distraer y robar.

—Hola —dijo el chico con una de sus sonrisas más encantadoras, una sonrisa que le iluminó la cara y lo hizo aún más guapo—. Creo que eso es mío. Tendrías que haber ido a por el bolsillo, pero tuviste que ir a por la bolsa. Ay, ay, ay, esa codicia… Quien mucho abarca poco aprieta.

La mujer que había captado la atención de Aladdín se encogió de hombros.

—De todas formas, no tenías nada que mereciera la pena robar —le dijo.

Dieron media vuelta y se escabulleron entre la gente del mercado. Aladdín las oyó quejarse y sabía que ya estaban al acecho de su siguiente víctima.

Al fin y al cabo, era lo mismo que hacía él.

Aladdín trepó deprisa por la áspera pared de un edificio. Saltó al tejado y esperó a que Abú se reuniera con él.

—¿Cómo nos ha ido? —le preguntó al mono.

Como respuesta, Abú se subió corriendo al hombro de Aladdín y le alargó su diminuta mano. Tenía el collar que llevaba la mujer.

—¡Buen mono! —exclamó Aladdín, encantado.

Sabía que parecía fácil engañarlo. Pero nada más lejos de la realidad. Levantó el collar para que le diera el sol y brillara con todo su esplendor. Aladdín sonrió de oreja a oreja. Era una rata callejera, pero en ese instante era un pelín más rico.